



VERA ZASÚLICH | LA MUJER QUE BALEÓ AL GOBERNADOR DE SAN PETERSBURGO

I

INTRODUCCIÓN

Necháyev partió al exilio y utilizó a Zasúlich como intermediaria en su correspondencia con otros revolucionarios, lo cual era usual en “*El Boy*”, como lo llamaba Bakunin; fue arrestada en Moscú junto con su madre y una de sus hermanas, el 30 de abril de 1869 devuelta a la capital y encarcelada sin juicio hasta mayo de 1870. Pasó dos años en prisión sin ser acusada formalmente. Para Zasúlich, su periodo en prisión le llevó a convencerse de la necesidad de acabar con la opresión y a identificar su vida en la cárcel con la situación general de Rusia, que consideraba una enorme prisión. Pasó varios años de prisión en prisión sin ser acusada de nada formalmente, sólo fue acusada formalmente cuando las autoridades rusas advirtieron de que Vera distribuía propaganda prohibida a algunos estudiantes, como también de extender la conciencia revolucionaria entre el campesinado.

Vera se trasladó a San Petersburgo en diciembre de 1876 tras pasar por Járkov; en la capital se unió a la recién creada Zemlyá i Volya, para la que trabajó como tipógrafa. Durante una de sus periódicas visitas a su hermana y su cuñado en Penza, se enteró en julio de 1877 del azotamiento de Alekséi Bogoliúbov (pseudónimo de Arjip Yemeliánov) en los calabozos de San Petersburgo. Su reacción a la noticia la llevaría a la fama internacional. Bogoliúbov era un estudiante que había sido detenido en diciembre de 1876 por hallarse cerca de una manifestación frente a la catedral de Kazán en San Petersburgo, juzgado en enero de 1877, y condenado a quince años de trabajos forzados. Tras haber apelado la sentencia, se hallaba en los calabozos de San Petersburgo cuando fue azotado en julio. El incidente se debió a que el general Trépov, adicto a la disciplina y Gobernador de la capital en aquel momento, entendió que la actitud de Bogoliúbov había sido impertinente y ordenó su azotamiento como ejemplo y escarmiento. El castigo había sido ilegal, dicho hasta por las leyes rusas.

Poco después en 1878 atentó contra el general Trépov, gobernador de San Petersburgo, al que acusó de haber maltratado a un preso político, fue arrestada y juzgada por el disparo contra el militar. Se había presentado ante el gobernador fingiendo necesitar un certificado de buena conducta y logró herirle en la pelvis con el segundo disparo.

Su juicio se celebró en un juzgado civil a finales de marzo, tratando el ministro de Justicia, recientemente criticado por un juicio político, de evitar las connotaciones políticas del atentado de Zasúlich y de lograr su condena, presionando al juez encargado del caso. Juzgada por un jurado, fue absuelta tras la enardecida defensa de su abogado, que presentó su caso como un intento de justicia contra la arbitrariedad de la administración. Habían asistido importantes personalidades, como diversos ministros o el escritor Fiódor Dostoyevski, que utilizó el juicio como inspiración para ciertos pasajes de Los hermanos Karamázov. Su juicio supuso una derrota para el Gobierno, que quedó desacreditado por la represión política.

Su absolución, sin embargo, hizo que el Gobierno aprobase poco después una disposición por la que los ataques a funcionarios públicos quedaban excluidos de los juicios con jurado. Los casos más graves pasaron a depender de consejos de guerra. Su atentado no sólo conllevó cambios en la forma de juzgar los casos de subversión y una humillación para el Gobierno, sino que supuso el comienzo de la campaña de terrorismo contra la administración autocrática zarista, fundándose en 1879, la organización terrorista más temibles de los últimos tiempos en Rusia, Naródnaya Volya («Voluntad Popular»).

II

TESTIMONIO SOBRE VERA ZASÚLICH DE LA MANO DE SERGÉI STEPNIAK

Hojeando el gran libro de la historia, sería difícil, tal vez imposible, encontrar un nombre que con rapidez tan fulmínea haya alcanzado una celebridad universal tan unánime e incontestable.

Este nombre humilde estuvo durante meses en boca de todo el mundo, inflamando los corazones generosos, y se convirtió en sinónimo de abnegación y heroísmo.

En cuanto a la persona que era objeto ,de este entusiasmo, se sustraía obstinadamente a la gloria. Huía de las ocasiones, y hasta cuando llegó al extranjero, donde podía mostrarse abiertamente sin ningún peligro, permaneció oculta ante la multitud y se negó a romper su incógnito.

Entonces, a falta de noticias ciertas, la imaginación emprendió el vuelo: ¿Quién era aquel ser deslumbrador y misterioso? Se preguntaban sus infinitos admiradores. Y cada cual la pintaba a la medida de su gusto.

Las almas blandas y sentimentales la imaginaban a

modo de doncella poética, dulce, exaltada como una .mártir cristiana, toda amor y altruismo.

Los que se inclinaban a ideas más nuevas, se la figuraban como una Némesis de los tiempos modernos, con el revólver en una mano y la bandera roja en la otra, llena de altivez y terrible, a manera de la revolución personificada.

Se engañaban profundamente unos y otros. Vera Zasúlich no tiene nada de la heroína de tragediaseudorradical ni de la muchacha exaltada y romántica.

Es una mujer robusta, y aunque de mediana estatura, a primera vista parece alta. No es bella. Únicamente sus ojos son bellísimos, grandes, abiertos, con largas pestañas y de color gris que pasa a ser oscuro cuando está excitada. Pensativos y tristes en estado normal, estos ojos despiden relámpagos en los momentos de entusiasmo—lo que sucede bastantes veces,—ó son fulgurantes cuando habla en burla, cosa que sucede más a menudo. El más leve cambio de ánimo se refleja en esos ojos expresivos. El resto de la fisonomía es vulgar. Nariz larguirucha, labios finos, cabeza grande, adornada con cabellos casi negros.

Es descuidada en lo que se refiere a su exterior. No se preocupa de él en absoluto. No tiene noción de lo que interesa a casi todas las mujeres: el afán de ser

hermosas. Es sobrado distraída, y, absorta en sus pensamientos, no tiene ocasión para dedicarse a estos asuntos, que la interesan poco.

Pero hay en ella una cosa que corresponde menos aun al concepto de una doncella espiritual, y es su voz. En un principio, habla como todo el mundo. Pero ese estado preliminar dura poquísimo. Apenas la conversación se anima, alza la voz y habla tan fuerte, como si su interlocutor fuese sordo ó estuviese a la distancia de un centenar de metros. Y no puede desprenderse de este hábito, a pesar de todos sus esfuerzos. Se halla tan abstraída, que olvida pronto las burlas de sus amigos y su propósito de hablar como todo el mundo, para no llamar la atención de nadie. En la calle, cuando se discute un asunto importante, empieza a gritar, acompañando las palabras con su ademán favorito, con su mano derecha, que corta el aire lo mismo que una espada.

Pero bajo este aspecto tan sencillo, rudo y nada poético, se esconde un alma llena de la más alta poesía, profunda como el mar, fogosa y potente, rica en desdén y amor.

Es muy discreta, aunque a primera vista parece todo lo contrario, porque habla mucho y entiende de todo. Admite en su intimidad a contadas personas. No me refiero a esa intimidad superficial, que es el mero

resultado de confianzas recíprocas y de mucha estima, y que entre nosotros sirve de norma de relaciones, sino a la amistad que consiste en el cambio de los más recónditos pensamientos.

No es capaz de aquella amistad espontánea de las almas jóvenes e inexpertas. Procede con circunspección y no trata de suplir con la fantasía los defectos de la observación positiva. Tiene pocos amigos, pertenecientes casi todos a un grupo de antiguos conocidos; pero allí está su mundo, separado del resto de los hombres por casi infranqueable valla.

Vive con vida íntima y profunda. Padece una dolencia que es propia de los rusos: la de contemplar su alma, para examinarla con atención, para disecarla implacablemente, buscando en ella defectos a menudo imaginarios y siempre exagerados.

De aquí proceden sus frecuentes accesos de melancolía, parecidos a los del rey Saúl, que la tienen sujeta durante días enteros sin que nadie pueda desvanecerlos. Entonces aparece distraída, evita el trato de sus amigos y, durante horas enteras, se pasea por su cuarto, absorta en sus tristes pensamientos, ó huye de su casa para buscar alivio en la única cosa que puede dárselo: la eterna Naturaleza, impasible y majestuosa, a la cual adora con el profundo afecto de las almas verdaderamente poéticas. Y durante noches enteras, a veces hasta la

salida del sol, le ocurre vagar sola por las bravías montañas de Suiza ó por las orillas de sus numerosos lagos.

Tiene aquel descontento sublime, origen de las cosas grandes, y que es en ella el resultado de un idealismo sin límites, base de su carácter. La devoción que siente por la causa del socialismo data de su niñez, y al fin se ha convertido en tan nobles conceptos del propio deber, que no hay fuerzas humanas que basten a satisfacerlos. Una amiga suya, la pintora X, de quien hablé más arriba, que conocía a Vera hacía diez años, y es persona ingeniosa e inteligente, viéndola días después de su absolución entregada a uno de sus arrebatos de negro humor, solía decir:

—Vera desearía disparar contra los Trepof todos los días, ó al menos una vez por semana. Y como esto es imposible, no puede vivir en paz.

Y la señora X se esforzaba en demostrar a Vera que no hay medio de sacrificarse todos los domingos, como se sacrifica Nuestro Señor Jesucristo, y que es preciso conservar la paz del espíritu y hacer lo que hace todo el mundo.

Y Vera lo hacía, pero no lograba curarse. Su sentimiento no tiene nada que ver con el de las almas ambiciosas que quieren dominar a las demás. Antes y

después de ser célebre, durante su último viaje en Rusia, desempeñaba los oficios más comunes y humildes: los de cajista, doncella de labor, etc.

Y cumplía sus deberes con una puntualidad y diligencia inimitables. Pero esto no le daba la ansiada paz del alma.

Recuerdo que un día me explicó lo que había sentido cuando oyó de labios del presidente del Tribunal el anuncio de su absolución. Dijo que no fue alegría, sino más bien una gran sorpresa, a la que siguió un sentimiento de profunda melancolía. Y añadió:

—No pude explicarme entonces aquel sentimiento. Pero lo he comprendido después. Si me hubiesen condenado, no habría podido por la fuerza mayor hacer cosa alguna y estaría tranquila, creyendo que he hecho por mi causa todo lo imaginable. Pero ahora que estoy libre he de buscar nuevo trabajo, y el encontrarlo me parece bastante difícil.

Este discursito, que quedó impreso en mi memoria, pinta su carácter mejor que podrían hacerlo muchas páginas de comentarios.

Su modestia excepcional, inapreciable, no es más que una forma de su idealismo sin límites. Es como

el sello de un noble espíritu en el cual el heroísmo es una cualidad lógica y aparece en forma divinamente sencilla.

En medio del entusiasmo universal y de una sincera adoración, Vera Zasúlich conservó toda la sencillez de modales, toda la candidez de corazón que la distinguían antes de que su nombre estuviese rodeado de una aureola de eterna gloria. Esta gloria, que habría turbado el juicio de un estoico, la dejó fría e indiferente hasta el punto de que no hizo el menor esfuerzo para recibir el homenaje de sus admiradores.

Es un hecho único en la historia del corazón humano y que basta por sí solo para demostrar la entereza de aquel carácter, que todo lo obtuvo de sí mismo, sin buscar el concurso de causas exteriores.

Después de realizar su grande acto por íntima convicción moral y sin la menor sombra de ambición, Vera se mostró esquiva a todas las manifestaciones del sentimiento popular. Por eso se ha negado siempre tenazmente a presentarse en público.

Y su esquivez no es antojo de muchacha, sino más bien un nabilísimo pudor moral que la impide recibir parias por aquello que, en la magnífica ilusión de su ensueño, se niega a estimar como acto heroico.—Por eso Vera, que ama tanto a la sociedad, que habla con

tan buen deseo, que no se abstiene nunca de rehusar una discusión ardentísima, cuando cree no tener razón, —esta Vera, cuando pone el pie en una reunión cual- quiera, se transforma de pronto : se vuelve tímida y ruborosa como una colegiala. Su misma voz potente y sonora sufre un cambio admirable, y se torna dulce, delicada, suave,—viene a ser, como dicen en burla sus amigos, una voz angélica.

Pero hasta el oírle esta voz, es cosa bastante rara, porque en las reuniones públicas permanece muda como un espectro. Es preciso que el asunto le interese mucho para que se decida a pronunciar dos palabras.

Si se quiere conocer todo el precio de su noble inteligencia y de su conversación seductora, hay que oíría en su casa y en presencia de amigos. Sólo en estas condiciones da libre curso a su agudo y chancero ingenio.

Habla una lengua que es muy suya, rica, variada, que reúne al humorismo popular cierta ingenuidad de niño. Algunas de sus expresiones son verdaderas joyas, no de aquellas que se ven en los escaparates de los artífices, sino de las que Naturaleza le ofrece de su pródigo seno.

El rasgo característico de su ingenio es la originalidad. Dotada de una fuerza de raciocinio de primer orden, Vera Zasúlich la acrecentó con diversos y formales estudios en varias ciudades de Rusia. Posee la rara aptitud de pensar así en las cosas grandes como en las pequeñas. Es incapaz de caminar por los caminos trillados en pos de ajenas huellas. Lo comprueba y lo critica todo y no acepta nada sin previo y detenido examen. Por eso pone en las cosas más vulgares un sello característico, que da a sus razonamientos y a sus ideas una frescura y una vivacidad encantadoras.

Esta originalidad e independencia del pensamiento —aliadas con el conjunto de su carácter moral— dan singular relieve a su tipo bellísimo. Hablo de aquel instinto moral, casi infalible, que le es propio ; de aquella facultad de discernimiento del bien y el mal en las cuestiones más difíciles que ella posee sin darse cuenta tal vez de sus cualidades. Y ese instinto lo evidenció admirablemente lo mismo en asuntos de orden interior que en su conducta ante el tribunal el día de su memorable proceso.

Todos sus consejos y opiniones, aun los menos fundados, son siempre dignos de tenerse en cuenta, pues rara vez salen frustrados.

Por lo mismo, Vera Zasúlich reúne todo lo preciso para ser el alma y la conciencia de un partido. Pero

su influencia moral no debe considerarse como el tipo de una influencia política. Se halla demasiado absorta en sí misma para influir en los otros. Si se quiere obtener de ella un consejo, es preciso pedírselo con vivas instancias. Por iniciativa propia jamás se entromete en ajenos negocios, a fin de aprovecharlos, como suelen hacer los organizadores y los agitadores. Cumple su deber según los mandatos de su conciencia, sin querer arrastrar con su ejemplo a los otros.

Su propio idealismo, tan noble y fecundo que la impulsa a batallar por una causa grande, la hace incapaz de dedicarse con ardor al trabajo cotidiano, siempre trivial y mezquino.

Es una mujer de grandes decisiones en los supremos instantes de lucha y de peligro.

E/W